

LA NOVELA FILM

N.º 2

30 cts

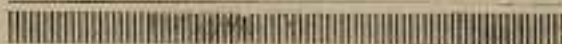


LAS DOS RIQUEZAS - por Isa Fréderik

Elvira Margarit

73-5-1924

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

Año I

N.º 2

KRIGSMILLOMÅEREN 1919

LAS DOS RIQUEZAS

interpretada por

ISA FREDERIK
ALICE WENG
ANTHONY VERDIER
HENRY MALBERG



Concesionario: S. HUGUET. Provenza, 292
BARCELONA

Prohibida la
reproducción



LAS DOS RIQUEZAS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

1

Huérfano a poco de nacer, Emilio Jansen fué confiado por la Asistencia Pública al modesto colono Mauricio Leblanc, el cual, cuando el niño alcanzó los siete años, dedicólo al pastoreo en la misma granja en que hacía oficios de boyero su hijo mayor Pablo.

No era muy alegre la vida de Emilio; el huérfano tenía la obligación desde que amanecía hasta bien entrada la noche, de vigilar el ganado sin distraerse ni dormirse aunque se estuviera cayendo de sueño. Esto aparte, el colono, hombre de carácter agrio, tratábalo con dureza, considerándolo como un intruso en su casa.

La fina sensibilidad de Emilio no podía olvidar cierta escena enojosa ocurrida días atrás, durante la comida, en el hogar campesino.

Como siempre, poco después del mediodía, él

habíase sentado a la mesa de la familia Leblanc con algún recelo. Tenía hambre y cogió su cuchara de palo, que colmó metiéndola en la fuente de la que todos se servían.

—¡Ah granuja, vaya una manera de comer! —le gritó Mauricio mirándolo con ojos furiosos.

El huérfano dejó la cuchara sin atreverse a llevársela a la boca.

—Si estuvieras en un hospicio, no quitarías la comida a mis hijos! —añadió el colono.

Emilio renunció a comer aquel día, y ahora, mientras cuidaba el ganado, recordaba este incidente que llenó de sollozos su garganta tirándolo cara al suelo con un llanto exasperado.

Lloró mucho, hasta cansarse y quedarse dormido allí en el campo; pero la adversidad dispuso que llegara el propietario de la granja, y el niño fué despietado a golpes por aquel bárbaro, quien en seguida dirigióse en busca de su colono.

—Si tú no corriges a ese holgazán que te han metido por las puertas, tendré que despedirlo —le dijo.

—¿Qué ha hecho? —preguntó el colono.

—Acabo de sorprenderlo durmiendo, y no es esta la primera vez.

—Pues ya le sentaré la mano cuando vuelva.

—Eso es —asintió el propietario.—No hay que andarse con contemplaciones; darle de firme.

De las amarguras de su pobre vida de huérfano, Emilio sentíase compensado por el buen afecto que le dispensaba una niña de su edad, hija de Octavio Smith, el médico del pueblo, que solía pasearse con su hija Nieves por los alrededores de la granja.

Todas las tardes pasaban en un pequeño coche, y cerca ya del lugar donde pastoreaban los ganados, Nieves decíale a su padre:

—Voy a ver a Emilio.

—Bien, hija mía; pero no tardes mucho en volver.

La niña halló a su amiguito afligido aún por los golpes con que le castigara el propietario. Su presencia risueña concluyó pronto con la pena del huérfano.

—Hoy vengo —le dijo Nieves— a que me hagas la flauta que me prometiste ayer.

La navaja del pastor cortó una rama de abedul y con maña la pulió y trabajó hasta hacer la flauta.

—Ya está; tómala.

Una víbora reptaba entonces cerca de las piernas de Nieves; con gesto rápido el huérfano detuvo su marcha, y el reptil, encolerizado, atarazó su pie desnudo.

—¡Te ha mordido! —exclamó Nieves.

—No es nada; una mordedura sin importancia —aseguró el niño.

Instantes después se separaban. Al llegar a la

casa de Leblanc esperaban a Emilio, en vez de las paternales caricias, las duras consecuencias de la denuncia de su patrono; y de nuevo la mano de Mauricio golpeó al niño brutalmente.



...y con maña la pulió y trabajó hasta hacer la flauta.

Por fortuna Nieves había referido a su padre el incidente del reptil, y el médico llegó a tiempo de impedir que continuase el castigo y curar la herida que, por defender a su hija, sufriera Emilio.

Acompañaba al doctor Smith un antiguo ca-

marada, quien, llamando aparte al colonio, le dijo:

—El doctor está dispuesto a adoptar a Emilio, y usted no puede oponerse si el muchacho lo quiere.



...Y de nuevo la mano de Mauricio golpeó al niño brutalmente.

—¿Te gustaría vivir en mi casa como un hijo mío y tener a Nieves por hermana?—preguntó en esto el doctor al huérfano.

—Sí, señor, sí—respondió Emilio con los ojos abiertos por el asombro y la alegría.

—Pues prepárate para venirte con nosotros.

El muchacho corrió a despedirse de la mujer de Mauricio, madre Ana.

—Por usted—le dijo—dejo esta casa con pena. Mi madre, si viviera, no hubiera sido más buena para mí.

La vieja Ana abrazó al pequeño, quien, al despedirse del colono, le tendió la mano olvidando su dureza.

—Más de una vez he sido malo para ti—exculpóse Mauricio.—Pero no tienes idea de cómo la pobreza agría el carácter... Acaso algún día lo comprenderás y sabrás perdonarme.

* * *

El mismo día Emilio trasladóse a su nueva casa, y tres años después marchaba a la capital para ingresar en una importante casa de banca.

Desde la partida del huérfano, Pablo Leblanc, el hijo mayor del colono, sintió cómo las nobles ambiciones despertaban en él un ansia nueva de abandonar su oficio de boyero para lanzarse camino de la ciudad en busca de fortuna, hasta que una tarde, no pudiendo contener por más tiempo sus deseos, hizo un hatillo con sus ropas y salió de la granja dejando una carta escrita a su madre explicándole las razones de su conducta.

* * *

En el transcurso de diez años las sobresalientes aptitudes de Emilio Jansen lo han ele-

vado a un alto cargo en la entidad bancaria "Sociedad del Norte".

También Pablo Leblanc está en vías de labrarse un porvenir, en el que interviene como factor principal la hija de su patrón el acaudalado carnicero Sabino Crogers, Flora, la cual tiene para Pablo estos dos atractivos: ser hermosa y única heredera.

Emilio, que ha obtenido un permiso para pasar quince días con su familia de adopción, a la que no ha vuelto a ver desde su llegada a la ciudad, se dispone a salir hacia el pueblo; mas antes de emprender el viaje se dirige a la calle Mayor, donde—acaba de enterarse por carta de los suyos,—vive Pablo Leblanc, del que no ha vuelto a saber nada a partir de su marcha de la granja.

Entró en una casa de modesto aspecto y preguntó a una vecina por su amigo.

—¿Pablo Leblanc, dice usted?... Hace unos cuantos meses que no vive aquí.

—¿Y dónde podría encontrarlo?

—Puede preguntarle a la vecina de este cuarto, Julia Meyer, madre de un recién nacido... que es el vivo retrato del tal Pablo.

Jansen empujó la puerta de la habitación que le indicaban y hallóse en un cuarto oscuro, en el que una mujer, postrada en el lecho, gemía débilmente.

Con pocas palabras Emilio explicó su presencia. La enferma se revolvió entre las ropas y sollozó estrechando a su hijo.

—Sé que está de dependiente en la carnicería Crogers, calle del Puente—dijo.—Pero no lo he visto desde hace mucho tiempo... Ni siquiera ha venido a conocer su hijo.

—Yo le hablaré dentro de unos momentos



...en el que interviene como factor principal la hija de su patrón...

y espero convencerle para que cumpla con sus deberes—ofreció Jansen a la enferma.

Apenado por la conducta del que para él había sido como un hermano en los duros años de su infancia, Emilio encaminóse a la carnicería Crogers.

—¿Pablo Lehlanc?—preguntó al patrón.

—Ahí... a la vuelta; debe de andar por la cuadra.

Jansen siguió la orientación que le daba el carnicero y halló a su amigo en el instante en que éste y Flora, estrechamente abrazados, se



...y hallóse en un cuarto obscuro, en el que una mujer, postrada en el lecho, gemía débilmente.

prometían en matrimonio.

La muchacha salió huyendo avergonzada, y los dos amigos, después de reconocerse, hablaron de sus futuros proyectos.

—Fui primero a tu antigua dirección—dijo

Emilio.—Allí me dijeron que preguntase a una tal Julia Meyer... a la que supongo que no habrás olvidado...

—¡Valiente historia!—interrumpió Pablo.—Pero cualquiera hace caso de eso estando a punto de casarse con la muchacha que acabas de ver.

—¿Es posible que abandones a esa mujer después de haberla engañado?

—Se le tapa la boca con dinero y en paz—repuso Pablo cínicamente.—Yo estoy dispuesto a llegar a mi fin y necesito casarme con la hija de mi patrón.

Emilio observó con pena a su amigo.

—No trates de justificarte—le dijo.—¡Sería inútil!... Yo me ocuparé de tu hijo... Pero has de prometerme que en lo sucesivo procederás como un hombre honrado.

Pablo le tendió la mano.

—Acepto el compromiso—dijo.

El mismo día Emilio salió de la ciudad, y aquella noche, mientras en la casa del carnicero se festejaban los esponsales de su hija con Pablo, allá en el pueblo, Emilio, acompañado de Nieves, acercábase al que fué su hogar en la niñez.

Se detuvieron en una loma y sentáronse, el uno junto al otro, en la tierra blanda.

—Todos estos lugares—comenzó diciendo Emilio—conservan aún el aroma de los recuerdos de mi infancia, que no fué totalmente triste

gracias a la madre Ana y a ti... ¡Mil veces he bendecido el día que viniste a pedirme que te hiciese una flauta, porque aquel día nació mi ventura!...

Dulcemente emocionada, Nieves oíalo hablar,



En la visita al viejo hogar reinó una franca cordialidad.

orgullosa de sí misma, por haber contribuido a salvar a aquel niño inteligente, hombre ahora, que la miraba al fondo de los ojos con una inmensa ternura.

—Desde entonces—prosiguió Emilio—no

tuve más ilusión que la de hacerme digno de ti. No sé si lo he logrado...

Nieves alzó su rostro lleno de turbación, y él tuvo la respuesta a sus palabras en los labios de ella.

En la visita al viejo hogar, reinó una franca cordialidad.

A su regreso a la casa paterna, el doctor, que los esperaba con su antiguo amigo, los sorprendió diciéndoles:

—No vale que ocultéis nada, porque nosotros poseemos dotes de adivinación...

El doctor Smith mostró unas botellas y añadió:

—¡Deberemos para celebrar la fiesta de vuestras almas!

Y Emilio y Nieves se estrecharon las manos en presencia del buen Smith, a quien debían toda su felicidad.

II

Han transcurrido veinte años.

Emilio Jansen, director ahora del Banco en el que entró como modesto empleado, vive con sus dos hijos, Jorge y Margarita, cultivando el recuerdo de su esposa, que la muerte le arrebató joven aun; mientras Pablo Leblanc, que heredó de su difunto suegro la tienda de la calle del Puente, y que durante la gran guerra ha hecho una inmensa fortuna, se hace llamar el señor de Altomonte y ha adquirido para su residencia el castillo del barón Venacour.

—La señora Julia Meyer desea ver al señor —anunció a Jansen un criado.

Emilio salió, dejando a sus hijos.

Vengo, señor Jansen, a solicitar su apoyo para una buena obra —le dijo Julia después de saludarlo.

—¿Usted me dirá?

—Pertenezco al comité para la fundación de un asilo de niños expósitos, y me he permitido contar con la ayuda de usted.

—Y ha hecho usted bien —se apresuró a decir Jansen. —Cuenta usted con mi suscripción.

—Otro favor deseo pedirle. ¿No tendría usted un puesto para mi hijo, que ha quedado sin trabajo?

—Veré si puedo hacer algo por él... Dígame que pase por mi despacho dentro de una hora.

Emilio, conociendo la fortuna de Pablo, creía poder cumplir los deseos de Julia Meyer haciendo que el padre protegiera a su hijo sin saberlo.

Las dos hijas de Pablo Leblanc salieron al encuentro de Jansen, cuando éste se presentó en el castillo de su amigo.

Las dos hermanas eran dos caracteres completamente opuestos: Estrella, la mayor, vanidosa y egoísta, y Elisa, la menor, sencilla y humilde.

Tenía Leblanc un hijo, además, mozo fatuo y atolondrado, sin otra preocupación que la de vivir tirando el dinero de su padre y satisfaciendo todos sus caprichos.

—Hola, Emilio —dijo Pablo entrando en la sala en que se encontraba Jansen hablando con sus hijas.



Elisa Leblanc.

ISA FREDERIK

—Vengo a pedirte un favor.

Pablo hizo una mueca de desagrado.

—Se trata de un muchacho por el que me

intereso hace tiempo, y he supuesto que tendrías un empleo para él en tus oficinas.

—¡Ah! Creí que venías a pedirme dinero—comentó el nuevo rico.—No siendo así tengo mucho gusto en servirte.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—Es mi banquero Gudlinger, con quien me intereso en las "Mediterráneas"—explicó Pablo.

—No compres demasiado—le aconsejó Jansen.—Si la proyectada fusión de esa sociedad con la del "Pacífico" no llega a realizarse, esas acciones serán papeles sin valor.

—¡Bah! Yo sé lo que me hago... Un zorro viejo de mi calibre no se deja engañar fácilmente.

Horas más tarde Julia Meyer entregaba a su hijo una tarjeta de Pablo Leblanc concebida en los siguientes términos:

"El portador de esta tarjeta queda contratado como gerente en la casa del señor Pablo Altomonte."

Alfredo Meyer, cuyo nacimiento ilegítimo había costado muchas humillaciones, alimentaba en su alma un odio terrible contra todos los favorecidos de la fortuna.

—Queréis que me enmohezca en una oficina!—exclamó con rabia después de leer la tarjeta.

—Piensa, hijo mío, en que necesitas crearte

una posición—le dijo su madre humildemente.

—¿Es que he de trabajar como un esclavo mientras mi padre acaso viva en la opulencia?—replicó Alfredo.

—Cállate, hijo; no ofendas a Dios.

—¿Dime quién es el miserable que me abandonó!—exigió Alfredo con súbita cólera.—¿Si estuviera necesitado ya habría venido a invocar su paternidad para vivir a costa de mi esfuerzo!

La pobre madre no pudo contener su pena, y él, entonces, salió de su casa buscando el aire libre que orcase su frente arrugada por pensamientos feroces.

Algo, muy poco, de la enorme fortuna de Leblanc llegaba a su pueblo, donde sus viejos padres seguían viviendo en la casucha miserable donde transcurriera la infancia del nuevo rico y de Emilio Jansen. Pero aunque no fuera mucho lo que a ellos llegase, a los pobres viejos bastábales la satisfacción de la suerte de su hijo.

Siempre pensé lo mismo—decía el anciano Mauricio a su mujer.—Ese Pablo, recuerda que te lo repetí muchas veces, será hombre de provecho. ¿Quién te dice a ti que el día menos pensado no lo hacen senador o cosa que se le parezca?

—Tú bobeas—replicaba la bondadosa madre Ana.—¿Dios quiera que esos dineros no le trastornen el sentido!

Al mismo tiempo, el azar había empezado a

tender entre Jorge Jansen y Elisa Leblanc los hilos invisibles de la red que aprisionaría sus corazones.

Los dos muchachos se encontraban todas las mañanas en el campo de deportes.

—¿Sabe usted que nos vamos?—le dijo ella a Jorge cierto día.

Había comenzado la estación calurosa, y los favorecidos de la fortuna dejaban la capital para dirigirse a las playas de moda.

—¿Dónde piensan ustedes veranear este año?—preguntó Jorge.

—En la playa de las "Grandes Dunas"... Saldremos la semana próxima.

Algunos días después, cuando ya la familia de Altomonte, haciendo ostentación de sus millones, era conocida en la playa por la pleheyz de sus costumbres—lo que no había sido un obstáculo para atraerse la amistad de un Barón arruinado, a quien Estrella trataba de conquistar.—llegaron a las "Grandes Dunas" Jorge y su hermana.

—Si usted supiera, Elisa, cuánto me ha costado convencer a papá para que me dejase venir!—exclamó Jorge explicando su presencia a la hija de Altomonte.

—¿Y cómo ha logrado usted convencerle?—le preguntó ella.

—Gracias al interés que mi hermana ha sabido mostrar por conocer esta playa.

—¿Pero ha venido su hermana con usted?

—Sí, y esta noche, si usted me promete asistir al baile, se la presentaré... Estoy seguro de que simpatizarán ustedes.

Durante el baile de aquella noche ocurrió un incidente muy desagradable.

Había asistido toda la familia de Altomonte, y el hijo varón del nuevo rico, un mozo vicioso e impertinente, animado por sus amigos para que conquistase a la hermana de Jorge, acercóse a ella y, completamente borracho, tuvo la audacia de estrecharla por el talle y besarla.

Al ver el ultraje que se infería a su hermana, Jorge separóse de Elisa y abofeteó al desvergonzado.

Altomonte se interpuso entre Jorge y su hijo.

—Comprendo que mi hijo no ha procedido bien.

—Peor que eso!—exclamó iracundo Jorge.

—Conformes, conformes—convino Altomonte.—Pero hay que tener en cuenta que es todavía un chiquillo y que se encuentra un poco curda esta noche...

Jorge volvió la espalda al nuevo rico, temiendo, en su indignación, no respetar al padre del que había ofendido a su hermana.

Llena de dolor Elisa había huido del baile. Jorge, al notar su ausencia, se puso a buscarla hasta que la encontró.

—¿Por qué se marcha usted?—le preguntó.

Ella había caído en un asiento del jardín con el pecho sacudido por los sollozos.

—El cínico a quien usted acaba de castigar —dijo— es mi hermano.

—Pero usted no puede disculpar su acción ni tampoco sonrojarse por ella, Elisa. Yo amo a usted por usted misma... ¿Qué tenemos que ver con los otros?

Elisa ocultó su rostro en el pecho de su amigo y aceptó agradecida el beso con que él dió fuerza a su declaración.

Al día siguiente, los Altomonte, sintiendo el fracaso de sus propósitos que tendían a buscar amistades en el mundo de los blasones, regresaron a la capital. Sin embargo, no parecían desalentados, ya que el Barón cortejaba a Estrella, y este matrimonio animáhalos con la esperanza de que algún día les sería fácil la entrada en el gran mundo.

Apenas instalados de nuevo en su castillo, una mañana un criado anunció:

Una señora pregunta por el señor Director Altomonte.

—Hágala entrar.

Presentóse Julia Meyer, con el velo echado sobre el rostro.

—¿Qué desea usted, señora?—preguntóle la mujer de Altomonte.

—Busco suscripciones para fundar un asilo de niños expósitos y, tratándose de tan humanitaria empresa, no hemos vacilado en aceptar su concurso...

La mujer de Altomonte la interrumpió con altanería:

—Viene usted equivocada, señora. ¡Que cumplan con su deber de cuidar a esos niños los padres criminales que los abandonan!

Retiróse la madre de Elisa, y Julia Meyer alzóse el velo. El nuevo rico la reconoció en seguida.

—Para dar valor a las teorías de su esposa —le dijo, Pablo Leblanc, debía ser el primero en amparar la causa que aquí me trajo.

Aturdido por las palabras y por la presencia de la mujer a la que, en otros tiempos, había engañado, Pablo extrajo la cartera.

—¡No quiero su dinero!—rechazó Julia.—Puede que algún día sea necesario a sus hijos legítimos... ¡*¡únicos que usted conoce!*

Y la víctima de Leblanc se retiró, dejando a su antiguo amante bajo el golpe de su conducta censurable.

En la tarde de este día, Altomonte fué a la Bolsa y supo que las acciones "Mediterráneas", en las que había invertido todo su capital, eran vendidas por menos de la tercera parte de su valor.

Lo inesperado de aquella sorpresa, imprevisible en sus cálculos de hombre avezado a los negocios, le sobrecogió.

Sus ojos miraron con espanto a los que cotizaban las acciones a gritos, que resonaban en sus oídos como alaridos de la fatalidad que anuncia los grandes desastres.

Iba de unos a otros inquirendo noticias.

—Pero ¿es posible que las "Mediterráneas" bajen de este modo?—preguntaba.

—¡Pues no lo ve usted!—le contestaron.
Cerróse la Bolsa, y Altomonte quedóse solo.



—Para dar valor a las teorías de su esposa, usted, Pablo Leblanc, debía ser el primero en amparar la causa que aquí me trajo.

Se había derrumbado en una silla y estrujábase las manos con inmensa desesperación.

Hasta él llegó su banquero.

—¿Qué hacemos?—le preguntó.

—¡Si no podemos procurarnos tres millones

de francos... usted y yo vamos de cabeza a la ruina!

Aterrado por lo que oía, Altomonte vaciló. Le faltaban las fuerzas, y su ánimo sentíase decaído, sin energías para emprender de nuevo la lucha.

—¡Arruinado!—dijo.

—¿No es usted algo pariente del señor Jansen?—preguntóle su banquero.—Pues ahí tiene usted una orientación para que podamos salvarnos.

Vencido, sintiendo cómo le abandonaba su altivez de nuevo rico, Altomonte encaminóse a la casa de Emilio Jansen.

¿Querría él ayudarle?

III

Altomonte expuso a su amigo su difícil situación.

—Las "Mediterráneas" me han puesto al borde de la ruina... ¡Si tú no me ayudas, Emilio, no sé qué va a ser de mí!

Jansen meditó unos momentos. Luego, habiendo encontrado la solución, habló:

—Yo puedo cederte una partida de carnes en conserva que importa un millón y que ha de expedirse al Norte. ¡Siempre un negocio es preferible a un préstamo!

Hecha la transferencia, Altomonte volvió a sus oficinas, en las que trabajaba Alfredo Meyer, al que llamó para decirle:

—¡Estamos perdidos! Vengo de mendigar un empréstito y dudo de que, aun con él, pueda salvarme.

El odio hizo pensar a Alfredo en la manera de hundir a su patrón.

—Si desechamos escrúpulos respecto a la calidad de la carne—le dijo,—la mitad por lo menos puede ser beneficio neto.

—¡Eso no! ¡Sería un crimen!

—Como usted quiera... Si se resigna a la ruina, no he propuesto nada.

Aquellas palabras despertaron los miedos del nuevo rico.

—¡Sea como usted propone!—exclamó.—La riqueza me ha hecho cobarde, y no tengo ánimos para empezar de nuevo la lucha.

Pero los operarios de la fábrica no tardaron en descubrir la mixtificación y se rebelaron contra ella.

Aconsejado por Alfredo, el patrono los despidió, dispuesto a mancharse con uno de los crímenes más nefandos por sostener su vida de opulencia.

Precisamente aquella noche debía celebrarse la fiesta de esponsales de Estrella y del Barón, a la que hubo de asistir Emilio Jansen.

Mientras tanto en los alrededores de la fábrica, los obreros hallábanse reunidos y oían a Alfredo, quien, en su odio, trataba de atizar su cólera para arrojarlos contra el nuevo rico.

—¡Debemos pedirle cuenta de su conducta!

Como una avalancha los obreros se dirigieron al castillo, en el que entraron forzando las puertas.

Pronto cundió la alarma entre los invitados, que retrocedieron viendo aparecer a los obreros despedidos.



—Como usted quiera... Si se resigna a la ruina, no le propuesto nada.

—Venimos a exigir que se nos reponga en nuestros puestos, o denunciaremos la estafa que usted preparaba—dijo uno de ellos dirigiéndose a Allomonte.

Emilio Jansen intervino, adelantándose.

—Yo estoy dispuesto—prometió—a que se arropen vuestras demandas, si son justas. Decíme las causas de vuestra actitud.

—¡Se nos despide porque nos negamos a trabajar con carnes corrompidas!



Venimos a exigir que se nos reponga en nuestros puestos, o denunciaremos la estafa que usted preparaba.

Comprendiendo las dificultades de la situación, a Jansen ocurriósele una idea que, de momento, les diere un compás de espera.

—Tomad provisionalmente esta suma—dijo

ofreciendo una cantidad al que había hablado, —mientras yo examino vuestro caso. Y ahora os ruego que os retiréis, confiando en mi mediación.

Luego, volviéndose a los invitados, añadió:

—Creo, señores, que lo más prudente sería que nos volviésemos a nuestras casas.

Quedóse Jansen solo con la familia.

—Pablo—dijo.

Altomonte miró a su amigo.

—Mañana—añadió Jansen—hablaremos de este asunto. . . ¡Pero no cuentes con mi apoyo si no me dices toda la verdad!

Los obreros, a todo esto, habíanse retirado de la fábrica, en la que sólo quedaban algunos descontentos, entre los que se encontraba Alfredo, el cual quiso encender en ellos el fuego de la ira para consumar la desgracia del patrono.

—Si los pusilánimes se contentan con una promesa—les dijo,—quedamos nosotros. ¡Dentro de una hora abriremos la esclusa!

Meyer volvióse a la oficina, donde había una carta de su madre para él. La abrió y sus ojos leyeron con asombro:

"...En tus últimas cartas manifiestas un odio tan violento a tu patrono que me causa miedo y no me atrevo a ocultarte por más tiempo la verdad: ¡el señor Altomonte es tu padre!

El ruido que hizo la puerta al abrirse dando paso al patrono, le hizo volver la cabeza.

¡Todo se ha descubierto, Alfredo!

Parecía tan vencido el patrono, que Meyer, a quien la confesión de su madre acababa de sepultar en el abismo de todas las vacilaciones, tuvo pena de aquel hombre.

Acercóse a él.

—Padre—dijo.

Altomonte alzó el rostro, y Meyer dióle a leer la carta de su madre.

—¡El destino me ha elegido a mí, tu hijo, para precipitarte en la desgracia!—exclamó Alfredo.

—¿Por qué, hijo mío?—preguntó él dándole por primera vez este nombre.

—Porque yo soy el culpable de todo esto; porque yo induje a los obreros a proceder como procedieron... Porque el dolor de saber que era un hijo ilegítimo y de no conocer a mi padre, puso en mi alma el veneno del odio...

—¡Oh, Dios!—Bien claro veo ahora el castigo del cielo por mis culpas!

Y el nuevo rico, que nunca había tenido un pensamiento para aquel fruto de su amor con Julia, buscó ahora el refugio de sus brazos.

De pronto Alfredo exclamó:

—La esclusa está abierta! Corramos.

El agua avanzaba ya contra la fábrica. Sosteniendo al autor de sus días, Alfredo buscó la salida. Súbitamente una ola inmensa lo envolvió arrastrándolo consigo.

Llegaron entonces los criados, quienes pu-

dieron salvar a su amo, conduciéndolo al castillo, mientras el agua arrasaba la fábrica consumando la ruina de Altomonte.

Rodeado de su familia, de Jansen y del Barón, Pablo Leblanc exclamó:

—¡Todo ha concluido ya!

El Barón aproximóse al pobre hombre, y sin que se le alterase un músculo de la cara, dijo:

—En vista de que han cesado las circunstancias que arrojaban mi entrada en su familia... tengo el pesar de manifestarle que retiro mi promesa.

Leblanc alzó los brazos.

—¿Entonces usted?...

El Barón sonreía mirando hacia la puerta.

—¡Ah, miserable!

A duras penas Jansen pudo contenerlo, mientras el Barón, sin ceder en su actitud correctísima, salía saludando.

Instantes después, Pablo se confesaba a su amigo:

—La mano de mi propio hijo castigó mi crimen... ¡De haber tenido ese desgraciado el cariño y el hogar que le negó mi abandono, el odio no hubiera hallado sitio en su corazón!

Algunos días más tarde, Pablo y Emilio, hacían un alto en un paseo propuesto por el segundo.

Estaban frente a la antigua carnicería de Crogers. Pablo, al reconocerla, sonrió a su pasado tan alegre y limpio de inquietudes.

—¡Maldita ambición—dijo—que me cegó hasta hacerme dejar esto para lo que había nacido yo, y con lo que era feliz!...

—Pues esto es tuyo otra vez, Pablo... He vuelto a adquirir la tienda para ti.



La mano de mi propio hijo castigó mi crimen... ¡De haber tenido ese desgraciado el cariño y el hogar que le negó mi abandono!...

—¿De veras?... ¿Es posible que seas tan bueno conmigo?

Volvió a recorrer los sitios que animó de alegría su juventud, cuando apenas si el res-

plandor del oro conturbaba su espíritu. No se cansaba de mirar los lugares donde transcurrirían sus años mozos.

—Aquí—decía—oí por primera vez a Julia que me amaba.

Pasó al patio y entró en la cuadra donde, muchos años atrás, sorprendió a Emilio abrazando a la que hoy era su mujer.

—¿Te acuerdas?—le preguntó.—Tú llegaste y en seguida te reconocí.

—Me acuerdo—dijo Emilio—de que Julia Meyer fué la que me dió la dirección de esta casa.

—¡Julia Meyer!—exclamó Pablo.—¡Pobre mujer!

—Bien, no hay que acordarse de lo que no tiene remedio. Ahora piensa sólo en reconstruir tu vida.

—¡Eso es! Lo mismo que antes. Mi mujer, mis hijas y yo volveremos al mostrador a despachar a nuestra clientela... ¡Cuánta gratitud te debo!

Hizo una pausa y añadió:

—Pero ¿por qué eres tan bueno conmigo?

—Acompáñame a mi casa... Allí conocerás algunas de las razones que han inspirado mi conducta.

En la sala de recibir de la casa de Jansen hallábanse juntos Jorge y Elisa.

—¡Mi hija!—exclamó Pablo al verla.

—Sí—repuso Emilio.—tu hija y mi hijo,

que hace tiempo que se quieren y que se casarán muy pronto.

Leblanc sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Si mi Elisa lograra hacer feliz a tu hijo, mi satisfacción sería mayor que todas las que disfruté cuando todas mis ilusiones se dirigían a lograr reunir una fortuna...

—No lo dudes; Elisa es lo mejor que hay en tu casa, y yo estoy satisfecho de la elección de Jorge... Ya verás cómo ellos son felices.

Los muchachos, al sentirse observados, se levantaron.

—¿Qué hay, papá?—preguntó Elisa a Pablo.

—Hija mía, sé que eres dichosa y esto me basta para que yo lo sea también... De lo otro ¿quién se acuerda ya!...

De acuerdo con los planes de Jansen, los Altomonte murieron para el mundo fastuoso en el que querían vivir. Y otra vez en la antigua carnicería Crogers, Pablo y Flora saborearon las alegrías de una dicha sin sombras, poseedores del único tesoro que puede hacer amable el tránsito por la vida, a saber: la sana y redentora alegría de un trabajo honrado.

FIN

(Revisado por la censura militar)

PRÓXIMO NÚMERO

— LA SUGESTIVA NOVELA —

VANIDAD FEMENINA

POR EL INIMITABLE ARTISTA

THOMAS MEIGHAN

del PROGRAMA AJURIA



Postal escena de LA BATALLA

(Sessun Hayakawa y Tsuru Aoki)



PRECIO NOVELA

Y POSTAL

30 CÉNTIMOS

Se sale todos los Martes

A nuestros lectores:

Les damos nuestras más expresivas gracias por la simpatía con que han acogido nuestra publicación.

Ello nos anima para mejorarla más y más y conquistar de lleno el favor y distinción del público.

Agotada la edición de nuestro primer número Los Guapos o Gente brava, nos place comunicar a los estimados lectores que se quedaron sin dicho ejemplar, que en breve estará lista la reimpresión del mismo y desde este número ya sale aumentado el tiraje.

No vacilen pues en adquirir todos los martes La Novela Film y procuraremos que la colección de La Novela Film sea sugestiva y agradable por lo escogido de sus argumentos-novela y por sus postales-escenas

La Dirección.

